

REVISTA GADITANA.

Número 32.

SOBRE LA INDUSTRIA POPULAR.

La agricultura sin artes es lánguida, porque la muger, las hijas y los niños de un labrador donde no se ocupan en las fábricas, son una carga, aunque indispensable, que abruma al jornalero y enflaquece al labrador mas acomodado. Fundado en estos principios de eterna verdad, procuraba ya á mediados del siglo pasado, nuestro inmortal Campomanes, el fomento de la industria popular en todas las provincias del reino. Aquel magistrado patriota, convencido que la agricultura y la industria están íntimamente enlazadas entre sí, no podía mirar con indiferencia la miseria y pobreza en que yacen sepultados los habitantes de la mayor parte de las provincias de España, especialmente de las meridionales, apesar de la fertilidad de su suelo, por falta de fábricas y manufacturas en qué ocuparse.

Pero no se crea que para ello proponia el establecimiento de grandes y costosas fábricas de manufacturas finas y delicadas, que por su misma naturaleza son incompatibles con la agricultura, y retraen al hombre del trabajo del campo, mas duro y mas laborioso que el de un telar ó de un torno. Aquel hom-

bre grande conocia muy bien que nuestro pais, esencialmente agricultor por su feracidad y por su clima, necesita solo de una industria grosera y popular, que es la que se enlaza con la agricultura, y no hace olvidar los trabajos del campo, como sucede en Galicia y otras provincias del norte. Aprovechar las primeras materias hoy abandonadas, que espontáneamente crecen en nuestro suelo, utilizarlas en manufacturas groseras y de fácil consumo, que fácilmente pueden aprenderse y ejercitarse por mugeres y niños, tal es la clase de industria que debe promoverse, y para la que no se necesitan de grandes establecimientos, ni de grandes anticipaciones. Para ello basta solo la proteccion de los funcionarios públicos, y que las sociedades económicas, penetrándose del verdadero objeto de su instituto, la fomenten y auxilien.

«Andalucía es mas fértil que las demas provincias de España, dice el mismo Campomanes; pero destituida de industria popular y hallándose estancada en pocas manos la agricultura, sus habitantes son, por lo comun, meros jornaleros, que solo tienen una ocupacion precaria á temporadas; y en el resto del año gimen en la miseria, sumergidos en la inaccion por falta de tarea lucrosa en que emplearse ellos y sus familias. Sus mugeres é hijos carecen de ocupacion, y encerrados los vecinos en gran-

des pueblos, viven á espensas de la caridad pública, en una lastimosa escasez, que no corresponde á la feracidad del suelo, y que no depende seguramente de pereza de los naturales, sino de la Constitucion política de la provincia.» No habrá persona alguna que desconozca estas verdades; y en un periódico dedicado esclusivamente á promover los intereses materiales de la provincia, nada mas útil podrá proponerse, que los medios de establecer en ella una industria popular, fácil y grosera, que saque de la inaccion y de la miseria á sus habitantes. Seguramente que con ello les haremos un beneficio mas positivo y cierto, que con entretenerlos con las pomposas frases de derechos políticos, con que procuran embaucarlos cuatro charlatanes.

Las lanas bastas ó burdas son muy comunes en esta provincia; y en algunos pueblos de la Serranía de Ronda, en el día agregados á ella, se utilizan manufacturando gergas y paños bastos: la primera de un gran consumo para costales, mantas y otros usos de la agricultura, y de los segundos se visten todos los jornaleros y trabajadores. Para su fabricacion no se necesitan tintes ni batanes, ni grandes y esquisitos tornos y telares. Una muger sola con una ó dos arrobas de esta lana burda, la hila y tege por sí misma, y mantiene su familia; vende su gerga y compra lana de nuevo para continuar su trabajo. Hemos visto muchos ejemplares de estos, y aun las niñas mas pequeñas se ocupan en desmotar y limpiar la lana, ó en dar vueltas al torno. ¿Porqué no habia de introducirse esta manufactura en Jerez, Arcos, Medina Sidonia y demas pueblos de esta provincia, en que tanto abunda esta clase de lana? Facilísimo seria con solo traer de los pueblos de la Serranía algunos maestros, ó maestras,

con sus utensilios correspondientes, y procurando los Ayuntamientos estimular á los principios con el aliciente de algunos premios: ocupacion mucho mas propia de sus atribuciones populares y patrióticas, que el ingerirse á tratar de las altas cuestiones de gobierno, impropias y ajenas de su carácter.

La fabricacion de cintas comunes y ordinarias de seda, hilo, ú algodón, es tambien otro ramo de industria popular, facilísimo de establecer. En una memoria premiada por la sociedad económica de Valencia, sobre los medios de extinguir la mendicidad, propone el establecimiento de estas manufacturas sencillas, como uno de los que mas eficazmente contribuirian para desterrar la vagancia y ociosidad. Nada es mas fácil y sencillo. Para ello solo se necesita un pequeño telar, que cuesta treinta ó cuarenta reales, y los mercaderes de esta clase facilitan el hilo ó seda de la clase y color que les conviene, recibiendo la cinta elaborada, pagando el precio convenido por las varas que deben resultar de la cantidad de hilo ó seda entregada. Asi se practica en muchos pueblos de la provincia de Valencia, y el autor de este artículo ha visto muchas veces, con placer y admiracion, niñas de siete ú ocho años ganar, en esta sencilla industria, un jornal diario de cuatro ó seis reales; y el crecido número de hijos, que es en Andalucía la miseria y la ruina del labrador y del artesano, es allí una de las principales causas de la felicidad y bienestar de aquellos laboriosos habitantes. Seria muy fácil la introduccion de esta sencilla manufactura en nuestra provincia, pues para ello bastaria el primer ejemplo, auxiliado por los curas párrocos, las sociedades económicas y los ayuntamientos.

Otra primera materia existe en nuestra Provincia, abandonada y sin uso al-

guno, y aunque se han hecho varias tentativas para utilizarla, no ha sido posible conseguirlo hasta ahora, por las continuas vejaciones que han sufrido los fabricantes, y la ninguna proteccion que han encontrado en las autoridades superiores. Este es el corcho, producto natural y espontáneo del alcornoque, ó chaparro, árbol muy comun en nuestros montes. Los naturales de esta provincia solo lo aprovechan para las colmenas ó para cubrir las chozas de los ganaderos; y aunque algunos catalanes industriosos han tratado de sacar utilidad de esta corteza, estableciendo fábricas de tapones, que se esportan al extranjero con crecidas ganancias, se han visto precisados á abandonarlas por las continuas vejaciones que sufrian. Estas fábricas no solo aprovechan una primera materia, mirada hasta ahora con desprecio, sino que dan ocupacion á una multitud de familias. Parecia, pues, que debieran haber sido protegidas por las autoridades municipales y por las superiores de la provincia. Mas ha sido tan al contrario, que los fabricante establecidos en Alcalá, en Jimena, en Tarifa y otros pueblos, se han visto precisados á abandonarlas, por las incomodidades y vejaciones que les causaban los mismos Ayuntamientos, sin que hayan sido bastantes á remediarlas las quejas dadas á las autoridades superiores, que, ocupadas con otros negocios, ó prevenidas con falsos informes, las han desatendido. La extraccion de la corcha en nada perjudica al árbol, porque debajo está la casca ó curtido que es la verdadera corteza, y cuya falta es la que mata y destruye el alcornoque. Las fábricas de tapones en nada perjudicarian, pues, el fomento del arbolado, al mismo tiempo que introducirian este ramo de industria en la provincia, desconocido ahora. ¿Por qué fatalidad ha sido preciso abandonarlas, ó surtirse para ellas de

corchos traídos de Portugal? Solo puede atribuirse á dos causas: una, la odiosidad y antipatia con que en los pueblos interiores de la provincia se mira todo el que no es natural de ella, y un apego á envejecidas rutinas; y la otra, la miserable codicia hasta del último guarda ó subalterno de los Ayuntamientos, que agovian á los fabricantes con continuas estafas. No podemos ménos de llamar la atencion de las autoridades superiores de la provincia sobre este importante ramo de industria popular, pues, generalizada la fabricacion de tapones, seria un aumento de riqueza, aprovechando las corchas, hasta ahora despreciadas, y dando ocupacion á los jornaleros en los meses intermedios de los trabajos agrícolas.

El esparto dá ocupacion á muchas familias en algunos pueblos, como sucede en Chielana, y seria muy fácil fomentar y perfeccionar este ramo de industria, estendiéndole á otros pueblos.

En Medina Sidonia se hallan establecidas, desde tiempo inmemorial, algunas fábricas de alfaharería ordinaria; pero léjos de perfeccionarse, van en decadencia, por la dificultad que experimentan para surtirse del alcohol preciso para el vidriado. Otras varias clases de industria popular podrian fácilmente introducirse en la provincia, ademas de las que quedan indicadas, con el solo objeto de manifestar cual es la clase de industria que debe propagarse y fomentarse por las autoridades populares, no perjudicando á la agricultura, que es la principal base de su riqueza, y dando ocupacion á las mugeres y muchachos. No son los habitantes de nuestra provincia baraganes ni perezosos, como continuamente se cree. Les falta la enseñanza, auxilio y proteccion; y si las autoridades municipales, dejando cuestiones vanas que para nada conducen, y las sociedades eco-

nómicas, penetrándose del verdadero objeto de su instituto, se dedicasen á fomentar los varios ramos de industria popular, conciliables con la agricultura, de que es susceptible nuestra provincia, se verian desaparecer en ella, dentro de pocos años, la vagancia, la ociosidad y la miseria, en que, por incuria y abandono, yacen sus habitantes. Harto mas felices serian nuestros pueblos si se les procurasen bienes materiales de esta especie, que no entreteniéndolos con vanas teorías de derechos políticos, que no son capaces de entender.

L. T. D. L. R.

LIBRO DE MEMORIAS

de Elisa,

Libro de sus lágrimas.

ARTICULO PRIMERO.

Las páginas que doy al público, están escritas por una muger que no existe, en una cartera bastante gruesa, forrada en cuero de Rusia, y cerrada con un broche de acero: que tuvimos que romper mi amigo y yo para abrirla y enterarnos de su contenido.

En la primer hoja no habia mas renglon que el que he puesto al empezar, como título de esta leyenda. Seguian despues algunos dibujos de paisajes sombríos, ejecutados con precision y blandura, y acá y allá, con distraccion y desorden, mas de veinte veces ensayado se veia, el retrato de un rostro jóven y varonil, nunca risueño, complaciente tal vez, y desesperado casi siempre. Estos perfiles, á lo mejor interrumpian los periodos escritos de su mano, como si la memoria aislada prevaleciera con frecuencia sobre el raciocinio de aquella infeliz. Así se lo adverti á mi amigo, y con sorpresa noté se le humedecieron los ojos.

— Mi amigo tiene, parte por efecto de gran-

des pesares é infortunios, y el resto por causa de los años, el cabello cano y las facciones áridas y rugosas, de suerte, que al mirarlo llorar me sorprendió, como si viese brotar una fuente de un cenizal.

¡Uhoras! le dije con mi filosofia de hierro: dichosos los que murieron, puesto que de este modo zafaron de esta humana maquinilla llamada cuerpo, hecha para dar tormento al alma.—Mas luego, viendo que mi amigo no habia hecho gran caso de mis palabras, cambié de tono y proseguí sin saltar la cartera.—Este manuscrito en tu poder y el pesar que te agobia encierra algun misterio de tu vida privada. Cuéntame sin rebozo; que el espíritu se reposa cuando se comunica con el espíritu, de la misma manera que descansa el cuerpo agoviado cuando se reclina sobre el báculo.—Entonces mi amigo cobró energia, y me dijo.— Esa cartera me ha sido legada en testamento por la muger que amé, la cual no ha envejecido ni ha muerto en mi corazon; ha quince años que me fué arrebatada por la tiranía paternal; perdiéronla de vista los ojos del cuerpo, mas los del alma, fijos están en ella como el primer dia de nuestros amores; esos retratos que has visto, supieron copia de mis facciones un tiempo; pero la mano áspera del dolor ha pasado tantas y tantas veces sobre las originales, que ni de lo que fueron dejan recuerdo. Si Elisa hubiera conquistado el reposo con la resolucion desesperada y sin juicio que tomé, yo no tendria sensaciones ya; pero ahora, á la vista de esos renglones, mi vida queda amargada para siempre, como lo fué la suya. Ella me ha legado un libro de lágrimas, y mal pudieran enjugarse mis ojos.

Todo eso será cierto; pero yo no te he oido hablar nunca de semejante muger.

Para que...

A lo ménos dime ahora dónde y en que tiempo la conociste.

Si haré; que siento en ello un consuelo y en este tronco viejo y carcomido quiero si es posible que asome un retoño verde y lozano, aun que en la atmósfera del hielo bien pronto morirá.

En 1825 me encontraba en Sevilla profundamente herido de un disgusto que allí me habia llevado, sin poner de mi parte lógica, intencion ni deseo: en una palabra, me encontraba en Sevilla como la oja amarillenta del árbol del monte, que

arrebatada por el vendabal cae en una laguna y allí flota indiferente, vaga sin objeto, pobre hoja olvidada, eslabon desprendido del órden de la naturaleza, que un día y otro día consumen con lentitud!

El carácter ligero de aquellas mugeres en general, su donaire siempre festivo, léjos de obrar como un reactivo sobre mi apatía, me infundían mayor indiferencia hácia ellas y la sociedad, de modo que puedo decir que vivía solo en mitad del concurso, y así se pasaron meses enteros.

Cierto día, uno de mis pocos conocidos en aquel pueblo, formó empeño en que asistiera á su casa, y allí ví, por primera vez, á su hermana Elisa. Estaba dibujando, y en el momento en que entré dejó caer el pañuelo sobre su obra, y un velo sonrosado de rubor infantil cayó también sobre sus mejillas. En vano la alentó mi cortesía, era tan niña, que no sabía defenderse de su timidez natural.

Elisa tenía 17 años; sus ojos eran garzos y halagüenos; no sacudían el alma con la vibración de sus miradas; pero la despertaban blandamente para fijarla en la contemplación de un rostro diáfano, como la forma corpórea en que encierra el pintor sus querubines.

Su tez no era como la nieve, fria y sin tono de colorido; era sí, mas templada por la circulación de la sangre y por la influencia de un Sol que desarrolla y matiza las flores en Enero.

Así como Granada mantiene viva su tradición entre los árabes, Sevilla guarda en sí propia la tradición árabe, acaso mas que ningún otro pueblo de España; y Elisa era conocida de muchos con el nombre oriental de «Lulú», que significa *Perla* y lo era en verdad. Toda modestia, redondez y tersura era una perla encerrada en la concha de su virginidad.

Elisa no había nunca tenido amores, y sin razonárselo á sí misma, amaba sin embargo el amor con un sentimiento melancólico, vago, indefinible; amaba el amor, pero sin formas demostrables para poder decir, «allí se encierra toda mi felicidad; todo mi mundo; aquello es la realidad de mis sueños.»

¡Desgraciada Elisa! Para corresponder á mis elogios alzó los ojos por educación hácia mí, y los abatió luego con rubor para reprehenderse.

Quando la melancolía domina en noso-

tros, tú no ignoras como inquieto mas que nunca aspiras con avidez las sensaciones dulces, y allí las retiene, las halaga y ceba en ellas su ansiedad cariñosa, esto que llamamos corazón, pobre y escarmentado prisionero, que los hombres maltratan sin conocerlo!... El mío, mi corazón, guardó la impresión de aquella primera vista, y exigente como la pasión sin juicio, me mandó repetirla una y cien veces, y se puso en mis ojos, y les mandó que se fijáran en su objeto, y se puso en mis labios y les mandó que habláran la palabra de su sentimiento, y su sentimiento era generoso, comunicativo, elocuente eléctrico, tanto que resumía la fórmula entera de aquel melancólico indefinible deseo de *Lulú*

Ella la encontró, la aceptó y vió abrirse en aquel instante un nuevo tiempo, brotando delante de su imaginación una existencia nueva, floreciente, sin término ni Invierno. Elisa, desprendiéndose ya hasta de los recuerdos de la niñez, se inauguraba al mundo como otra Eva en mitad de un fantástico Edem.

Mi existencia también era ya otra. Sevilla estaba encantada; su Cielo, sus recuerdos, sus brisas, sus aromas armonizaban con mi alma!... Allí se ama mas cuando se ama, porque ondula sin cesar una música aérea y redolencias suaves, llevadas en alas de los céfiros, que disponen y avivan la sensibilidad.

«Elisa, dijo un día su madre á mi adorada; un hombre que vino aquí como llovido, ha turbado la quietud de mi hija, y ella no debe esperar nada de ese hombre, porque su madre moriría de desesperación. El premio de mi cariño, y el castigo de mi rigor están dispuestos á salvarla de las asechanzas de un proserito por la revolución, al cual, acaso mañana, le caerá encima la ley. Desde hoy, Elisa, ese hombre no pisará los umbrales de mi casa.»

Elisa sintió una mano de hierro que le apretaba el corazón; pero ya era tarde para que un poder legal destruyera la obra de otro poder que le era superior.

La muger es, una vez en la vida, pura como un vaso de agua cristalina; el hombre llega y vierte en el vaso el color con que desea vestir sus ilusiones; aquella agua lo toma, se lo reparte, lo identifica consigo misma, y ya es en vano afanarse para volverle su transparencia primera.

Elisa fue vigilada, severamente repreh-

dida, castigada con crueldad, y yo recibí desaires, que así agraviaban mi amor propio, como estimulaban mi pasión.

Un mes había corrido sin que hubiese logrado ver á Elisa, cuando llegose á mí un día su doncella y me dijo: «mañana al anochecer en el jardín de la casa de baños de...» Allí me hallé á la hora, y Elisa que había elegido distinto departamento que su madre, en vez de bañarse, me esperaba oculta en una umbría.

—La ví, y corrí en su busca; entónces me mandó sentar, y oí de sus labios esta sentencia.

—«Mi madre, dijo, toca ya á la desesperacion, y me ha dicho que habiendo dispuesto anteriormente de mi mano, ó cumplimiento con su mandato y le doy vida, ó la desobedezco y se da la muerte... Ella es injusta; pero yo he resuelto sacrificarle la que me dió, sin perder la veneracion á sus mandatos...»

Atónito mi juicio, no creía lo que mis oídos escuchaban, y en esto Elisa soltó un llanto desgarrador como la última plegaria de un reo de muerte.

—Bien mio, la dije entónces, yo te había formado solo para mí, porque soy solo en la tierra... Tu madre será obedecida: pero su imposicion, tengo presente, ó nos lega el delito, que es el esfuerzo con que el entusiasmo salva por cima la ley escrita, ó nos condena á una vida de deseos estériles, y agonías cumplidas, peor y mas cruel que si nos mandara asesinar!

Sellé un beso involuntario en su boca; era el primero y último; no sé si envolvía profanacion; una ráfaga de viento seco arrastra á la llama de un incendio que lamíó la corola de una rosa.

Aquella misma noche salí de Sevilla, y á los cincuenta dias recibí una carta en la que se me anunciaba que Elisa se había casado con un rico comerciante de Stokolmo, el cual se la llevaba en el mismo buque en que había traído un cuantioso flete.

Desde entónces acá, las lágrimas se habían secado en mis ojos para todo; creía no volviesen á correr, pero hoy, esa cartera que te ruego me leas, ha despertado mi juventud para engalanar un recuerdo doloroso.

ARTÍCULO SEGUNDO.

—Cuando el viagero halla sobre su cami-

no alguna de esas severas fortalezas de la edad media, si ignora la historia de aquel atleta combatido sin tregua por la ira de los hombres y la tenacidad del tiempo, desliza solo por su superficie una ojeada sin filosofía, sin pena ni admiracion, concedida á la indiferente curiosidad. Pero si allí, sentado al pié del castillo, secular encuentra al anciano labriego que le revela la tradicion, entónces el espíritu investigador hien- de los pasados siglos por el trayecto que trajeron las generaciones; entónces la fantasia vivifica, anima al gigante de piedra; la poesia le decora; la imaginacion penetra y recorre sus ámbitos, el talento lo analiza, y el corazon lo ama con aquella vehemencia del instinto que nos adhiere á todo lo grandioso.

Tal hubiera pasado mi vista por una cartera sin lujo ni primor artístico esquisito, y borroncada por una muger, por mero pasatiempo, ó imitacion mezquina de las novelas. Pero cuando fui advertido que allí, en ella, el amor y la virtud habían empleado en secreto 15 años enteros para levantar al mal-herido corazon un asilo amasado con lágrimas y hiel, desde el cual combatiera las pasiones sus enemigos; pero desde que fui advertido que este asilo del corazon éralo tambien del alma, templo en la soledad, templo sin mas altares que la memoria viva de un Dios en el Cielo, de un hombre en la tierra, y de las leyes á cual mas terribles, una humana y otra divina en el mundo!... entónces ¡ay! entónces. leí en ella la confesion de un alma ardiente, mal articulada, y suelta á gritos en el desierto de la vida, y se me presentó por último como uno de estos ignorantes albergues del anacoreta ascético, en los cuales, al encontrarlos el ojo profano, ve solo una humilde choza, y el hombre contemplativo admira un templo, cuya techumbre acaba donde la eternidad comienza.

—Mi amigo se sostenia la frente con ámbas manos, y yo dí principio á la lectura por la primera hoja que decia así.

«Dios lo habrá querido, cuando me dió resolucion para ello; pero si ahora me deja abandonada á mi propia flaqueza, estoy perdida... ¡Pérdida!... No, no; yo rogaré á Dios para que me ayude.—Siempre que esté sola, me postrearé para suplicarle con todo el fervor de mi alma.—Ya lo he hecho una vez.—El pecho y las rodillas me duelen mucho, porque no están acostumbradas á la pe-

nitencia; pero el corazón se me ensanchaba con la oración, y la santa imagen que tenía delante pareció que se sonreía benignamente.—Si; acaso Dios me hable algún día y destruya con una palabra todo el germen de la condenación que abrigó en el seno.—

«Mi infeliz padre, antes de la insensatez en que se halla, y cuando yo con mis caricias quería mitigar sus padecimientos, solía decirme.—«Hija mía! la virtud es el sufrimiento.»—Bien sufriré dolores más agudos que los que afligian á mi padre; porque los míos están en lo íntimo del alma; porque á mi nadie me los mitiga; por que el que me acaricia atiza el oculto incendio de mi desesperación, y sus manos son hierros aguzados que, apenas tocan la luz, desgarran las entrañas.—Sufriré inmensos dolores, sin tener á quien abrazarme y llorar, ni á quien acercarme y decirle.—«Mi espíritu está enfermo y necesita la unción del consuelo; mi espíritu está enfermo, amiga mía! hermana mía! hijos de mi vida, derramad en él un bálsamo de esperanza, aun cuando esa esperanza sea mentida.»—¡Nada! ¡nada! porque ya he quedado sin tener quien me comprenda.

«Muda con el sentimiento vivo y la voz formada, sin tener en el suelo á quien comunicar mis sensaciones ni mis secretos, los encerraré en esta cartera para hablar conmigo misma hoy las penas de ayer, y así una por una mis penas irán un día tras otro ligadas como las horas en el reloj, y todas juntas, leídas y releídas mil y mil veces por mi sola, serán un veneno compuesto por mi mano si Dios me abandona como mi madre....

«¡Mi madre!! desde ayer no la pertenezco: á las siete de la noche puse mi mano en la de Hugo, y mi juramento en la autoridad de un sacerdote. Lo hice todo maquinalmente: nada sentía; ni recuerdo cosa alguna de cuanto allí pasó; pero luego me han dicho que estuve muy serena.

«Quien me sacó de esta enagenación luego de la solemnidad acabada, fue mi madre, la cual dándome muchísimos besos y llorando con extraña mezcla de alegría y tristeza, me dijo.—«Hasta hoy, hermosa mía, eras una niña; que necesitabas mi dirección ya eres una mujer que debes convertir hacia tu marido el respeto que me tenías, y mucho más habiéndonos de separar la una de la otra. Gracias al señor me ala-

bo de haberte conducido bien: tú ya tienes estado, que es lo principal que debemos procurarnos á nosotras. Con el estado, tienes riqueza, que es la mayor prueba de mi tino; y con la riqueza podrás tener lo que te dé la gana, como no sea en perjuicio de la honra de tu esposo. Mira por tus hijos, si Dios te los dá, y procura les igual suerte á la que yo te he proporcionado.

¡Hija mía! divina! que tienes una cara como un serafín del Cielo, y un alma como una paloma! La hija obediente es un tesoro que los padres acumulan poquito á poco, con tiempo y trabajo, para que entre de golpe á enriquecer la casa del hombre honrado que la toma en matrimonio. Tú ya tienes ese hombre, al que debes endulzar las amarguras de la vida con tus caricias; al que debes aliviar en sus dolencias con tus desvelos; al que debes unir tu voluntad sin contradecirle jamás, porque los hombres se irritan con la contradicción, y son como lobos rabiosos, al paso que si se les combate con la condescendencia, se vuelven perros que se dejan pisar. Ten muy presente á todas horas cuanto mi amor te aconseja. Mi bendición, Elisa, irá contigo, desde el puerto, por esos mares adelante, y á todas partes, el día que te embarques.»

Así habló mi madre, cuidando de mi tocado y prendiéndome alfileres con una diligencia nunca vista en ella.

Pasó luego á besar la mano de mi viejo padre, que por razón de su apoplejía no puede moverse de la silla en que se le coloca, y el pobre anciano, incorporándose como mejor le era dado en su butaca, me clavó los ojos con cierta envidia de niño y con una sonrisa casi estúpida, balbució estas mismas palabras. «El sueco, el sueco! que ha venido á quitarme la mejor alhaja que hay en mi casa...»

Aquí me fué imposible resistir por más tiempo, y solté á llorar; mi madre me recogió en sus brazos, para llevarme al gabinete; y al alejarme de mi padre aun le oía murmurar. «El sueco, el sueco!!»

En el gabinete estaba Hugo con un papel y un lápiz en la mano; tan embebecido al parecer se hallaba en el cálculo, que al principio no atendió á mis lamentos, y se puso á hacer números; pero luego que hubo concluido, guardó el papel, vino á nosotras, habló á mi madre, me aplicó su mano á la frente, encogió los hom-

bro y dijo en un frances, que me pareció mas rudo que lo que he oido hablar otras veces. «Bah! bah! C'est un affaire naturel.» Dicho esto, tiró de la campanilla, vino el criado, y le pidió una taza de té para Madame. Yo le repliqué que no apetecía tomar nada, que lo único que queria era acostarme; y me acosté. Mi madre estuvo á mi lado hasta las once de la noche que mi marido volvió de la calle.

Dos horas escasas he dormido; en ellas soñé, que estaba soltera todavia y desperté en la mitad de una carcajada de alegría. Por siete ú ocho segundos creí en el sueño; la lámpara ardía aun; volví la cabeza extrañando la novedad que se había obrado en mi cuarto, y tropecé contra el rostro de Hugo que dormía profundamente. Un sacudimiento de sorpresa heló la sangre en mis venas, y se me agolpó todo el recuerdo de la historia del dia anterior. El llanto entónces reemplazó á la risa, como la realidad á la ilusion.

Me acuerdo que apreté los párpados para no ver nada de cuanto allí pasaba: que aquel lujo y variedad obrada en mi aposento, envuelto y confuso todo con los misterios de la noche, me representaban como si estuviese con la agonía de la muerte, y abandonada ya y tendida sobre los ivatios fúnebres de un féretro.

Me he pasado mas de una hora con los ojos cerrados, y en oracion mental, todo por ver si podia coger el sueño como otras veces; pero inútil esfuerzo; hoy he conocido que el corazon no se deja sorprender, cuando se ocupa en ser vigia del sentimiento. La rudeza con que este ser independiente de nuestra razon se revuelve dentro del pecho armado de puntas de acero, embriagado con nuestra sangre, que tan pronto parece que la traga toda, como que toda la arroja de una vez; nos mantiene en una agitacion parecida á la exterior de la muerte, y los gritos de alerta que lanzan á los sentidos, estremecen el alma atrinchurada en el último recinto de la vida.

¡Ay de mí! jamas me habia ocurrido que yo, infeliz muger, llegaria á escribir estas observaciones; pero he sentido ahora penas muy crueles, y por eso las copio; mas quedan descoloridas; porque no hay palabras para el sentimiento. El pincel sue-
re ser mas feliz y conciso en pintar uno de esos instantes de gloria ó de condena-

cion; pero sus alegorias quedan siempre en una misma gloria ó en un mismo infierno, y esto no basta. Era preciso para darnos á conocer, que la humanidad pudiera vernos á cada uno de los que la componemos, en todo ese tumultuoso tropel de sensaciones encontradas, que se suceden mas rápidas y enlazadas que las partículas del tiempo mismo. Para llegar á este término de claridad, nada se ha descubierto todavia, y por eso cada uno de nosotros vivimos moralmente; como si en lo fisico nos encontrásemos aislados sobre un promontorio desierto, la mayor parte de nuestra vida....

Casi me alegro de ello, porque si á mí fuese dado formular mi sentimiento dentro de los signos del dibujo ó del lenguaje, tan grande es, que probablemente sentiria vanidad en darlo al mundo.... Pero ¡pobre muger! El mundo ¿qué caso habia de hacer de tí, ni qué te importa que tú padezcas tanto? Dale pan al mundo y te bendecirá: ensénale oro y te lamerá las manos; pero muéstrale lágrimas y huirá de tí; vístete de andrajos y te pisará.

Así son las gentes en efecto. ¡Estoy sola! Sola mientras viva en la virtud; pero si mañana cayese en la pobreza del delito, cada hombre seria una ironía, cada muger un sarcasmo, y todos juntos, ese verdugo que hace los delincuentes y no tiene piedad de sus víctimas.

Tú, cuyo nombre no quiero escribir para que ninguno lo insulte, si se me pierde esta cartera! ¡hombre generoso y bueno, tú has hecho mi desventura, y yo he labrado tu infelicidad. A nadie culpo; ámbos hemos sido y somos inocentes; pero tú nada mas lo sabes y por eso me pesa haber escrito que estoy sola en el mundo... No lo estoy ciertamente, sí, tu compasion me sigue á todas partes.—Sevilla y Abril de 1825.

Tan pronto como concluí de dar lectura á este primero de los manuscritos de Elisa, me suplicó mi amigo que no continuara, porque se sentía débil, para soportar por mas tiempo tanta dosis de amargura. Conoci la alteracion que se habia obrado en su semblante, y cesé; pero como yo me sintiese movido por la curiosidad, seguí hojeando para mí solo muchas frases interrumpidas, y otras demasiado vehementes y desconcertadas, ó sobrado melancólicas, que fui dejando atras, hasta dar con

las siguientes observaciones de Elisa, tituladas:

Mi cuna y mi sepultura.

«Hace un rato que por entretenimiento cogí el diccionario geográfico y en él busqué á Stockolmo, y despues de señalar sus pocos edificios principales, dice así:— Se halla muy hácia el Septentrional de Europa; sus casas son de madera, y están edificadas sobre pilotages de maderos en muchas islas entre montes y rocas. No tiene mas que dos estaciones, nueve meses de hielos y tres de calor activo....

Allí deben terminar mis días!... ¡Ya no es solo la pena de la ausencia quien los abreviará!...

¡Sevilla! patria mia! tú á quien amo con la ternura con que el mamoncillo se goza en la madre que lo arrulla en su regazo, verás cuan en breve me arrebatan de tu seno para llevarme donde mis miembros se pongan aterrídos como los del huérfano sin hogar.

¡Sevilla! matrona galante que restauras tu juventud á cada nueva aurora, como las rosas que circundan tu frente y cuajan tu vestidura! Tú que nunca encauces en los hielos! ¡Sevilla! Tú que nunca viste la mortaja de nieve con que Dios envuelve á la naturaleza muerta, allá bajo otros climas! Tú, el mas precioso florón de la diadema del moro en otro tiempo; tú el orgullo del Rey Santo, la descada de todos, Elena inmarcesible, á cuyas plantas para lograr tu posesion, llegaron de proprias y extrañas tierras ejércitos de galanes caballeros á rendirte á la vida... Verte y gozarte solo, es mas crecida riqueza para mí, que poseer y guardar todo el oro junto de todos los publicanos del mundo.

¡Sevilla mia! Tú nunca muestras el celo en las tempestades, ni esparces, ni enarañas nunca tu fresca cabellera de palmas y naranjos, de arrayanes y limoneros con el huracan, sino que te sonries en el Guadalquivir, te ries en el Cielo, y desabrochas tu seno de infinitas flores y multitud de olores, sobre una alfombra de esmeralda, donde bullen las corrientes aguas, como sierpes de azogue en sus veneros.

¡Sevilla mia! que cual una amazona reinañes tu garganta con un collar de 76 torreones, sobre los cuales pasaron y pasarán los siglos sin robarte uno siquiera; tú,

que la mas elevada punta de tu corona se pierde casi en la transparencia de una atmósfera sin nubes... ¡Yo te adoro, Sevilla mia!...

¡Madre fecunda de tantos pintores y poetas que bebieron el genio en el aliento que respiras! ¡Tú me diste tambien este corazon en que se imprimen las sensaciones que arroja tu hermosura!!!

¡Cuanto voy á sufrir!!--«Jardín de las delicias, dos días ántes de mi partida para el Septentrion.»

ARTICULO TERCERO.

Creyendo yo que este arranque poético, tan propio de la fantasía de las mugeres meridionales, hubiese exacerbado la susceptibilidad nerviosa de mi amigo, hice demostracion de abandonar la lectura, lo cual, visto por él, acrecióse á mí con marcada impaciencia, y me dijo;

—Prosigue, quiero oír, me siento con un valor invencible; ¿no ha muerto ella, y yo vivo? Pues bien. Ademas ¿cómo soportar el anhelo con que mi corazon busca el eco de sus lamentos?—Acércateme, que necesito ver su letra. Que mi vista siga las desiguales líneas trazadas por su mano, como mi dolor siguió á su alma por los tortuosos senderos de la amargura.—Hasta el borde de la tumba las lágrimas van abriendo paso al que padece... ¡Desde la tumba allá!... ¡Ah!—Elisa, ¿dónde estás? —Ya volaste á las regiones del consuelo. —Allí sonries esperándome, heredero de tus pesares en la tierra...

Quedóse con una espresion inefable de resignacion; su mirada apénas descendia del Cielo; buscó las páginas del libro, y yo aproveché este momento de tregua, entablada entre la desesperacion y el abatimiento, para ir á su fin.

«¡Aun soy tuya, patria mia! Bendigo la tempestad, porque me ha vuelto á tus playas!!

Al principio ni el cielo ni el mar anunciaban la ira que despues han desplegado; sin embargo, el capitán, y alguno que otro de aquellos mas experimentados marinos, daban muestras de recelo. Los preparativos de manobra para combatir una borrasca, que estaba aun presa en la mano del To-

dompoderoso, se tomaron. El viento fuo creciendo de punto, y empezaron a encreparse las olas en una direccion opuesta á la que llevaban las nubes. Estas eran densas y negras; pero pequeñas, repartidas, y en corto número; corrían mucho, y cambiaban insensiblemente de forma, reproduciendo siempre un nuevo objeto á la fantasia. Hubo un instante en que se asemejaron á una yeguada, toda compuesta de caballos de color oscuro, apacentando en una dehesa sin término. De improviso se les vió correr, y se arrodillaron como si los acosáran los lobos.

Hasta entónces habíamos observado la evolucion de las nubes en lontananza; pero cuando vinieron á apiñarse, caian verticalmente sobre nuestras cabezas, y un espantoso trueno, suelto á la par con un relámpago, fueron el grito guerrero de la tormenta, desplegando su bandera de fuego cuyos últimos pliegos arrastraron sobre la superficie de las aguas.—Por un efecto de temor involuntario, abrí los ojos cerrados; pero al abrirlos, miré abajo, y noté que la mar que era ántes verde y azul mezclados, estaba negra como la capa del cielo.—Hugo se llegó á decirme que me bajara á la cámara, pero le respondí con una chanza tan valiente, que no pudo ménos de dejar á mi discrecion encomendada la seguridad de su esposa.

El trueno, el relámpago, el vendabal ú otro fenómeno cualquiera para mi desconocido, habian acrecido y desgarrado de tal manera las nubes, que parecían linder con lo infinito, y en medio de aquel trastorno de la naturaleza ya se vió como las olas, el viento, nuestra goleta y las mismas nubes marchaban en armonía, pero sin freno en la carrera; y tan rudos en sus ímpetus que el aire no permitia respirar, que las olas se elevaban como ciudades, para despues hundirse dejando un vacío pavoroso, y que el barco quitando la seguridad á nuestros pies, y la fuerza á nuestras manos para agarrarnos y sostenernos, así rompía las amenazadoras poblaciones y castillos flotantes que se le venian encima, como se arrojaba en los abismos que amenazaban tragarlo.

Desde el patron hasta el último page de escoba, toda aquella tripulacion en peso, se componia de suecos, de suerte que los oía murmurar, hablar, gritar y encomendarse sin duda á Dios; pero sin entenderles mas palabras que las muchas veces repetidas de «Cádiz» y «los escollos.» no podia impo-

nerme del verdadero riesgo que ciertamente me suponía bien poco.

Ni una gota de agua habia descargadó el Cielo sobre nosotros, y la marejada que entraba por escotillas tenia ya empapadas nuestras ropas.

Los truenos eran tan grandes, que parecia no haber dos juntos en todo el vacío; y tan continuados como la progresion en que marchan los soldados de un regimiento. La cárdena luz de los relámpagos anunciaba la detonacion, y el rayo como el fogonazo del cañon anunciaba el estampido y la bala.

De repente se desgajó un turbion de granizo tan violento, que me obligó á guarecerme en la cámara y Hugo bajó conmigo; estaba muy ensimismado; exento de esa pusilanidad que hace despreciables á los hombres. Yo iba cogida de su cintura, y estaríamos á la mitad de la escalerilla que conduce á la cámara, cuando vino tan fuerte vaiven, que me arrojó desde lo alto.

Hugo se dió prisa á bajar y levantarme, me examinó si estaba herida con cierto interés que le agradeci mucho en aquel momento, mas luego que vió como no habia recibido perjuicio notable, me colocó en un zaquizamí embutido en las paredes del buque, y me dijo:—«Voy á ver si con este sacudimiento tan fuerte han rodado como tú las pipas de vino de Jerez.»—Naturalmente mi gratitud desde entónces debió ser ménos, porque á todas juntas y á cada una de las pipas del cargamento, puesto que las tocaba igual proteccion que á mi por parte de Hugo, tambien ellas debian tenerle un tanto de reconocimiento equivalente al mio.

Por último, y despues de diez ó doce horas de correr avería, ya sin resistencia, en manos de la casualidad, terminó la horrasca con un diluvio que apagó los relámpagos, despejó el horizonte, y desveló el Sol. Calmóse el viento, se apaciguó la mar, y cuando yo creia que estábamos á cien leguas vi con grata sorpresa, por un lado el peñon de Gibraltar, y por otro el castillo de Gibraltar, que tantas veces en mejores dias me anunciaron el término de una jornada de placer, y de los cuales me habia despedido para siempre cuando di el adiós á mis alegrías.

La pobre goleta está en el puerto casi hecha pedazos, y me han dicho que indispensablemente tiene que carenarse. Es-

to me conviene mejor que á mi marido; porque él, consultando sus pipas de Jerez, tiene una voluntad totalmente opuesta á la mía; perdóneme mi madre, yo no lo puedo remediar.... mi voluntad, es mas flaqueza que tenacidad; mas ternura que orgullo.

«Málaga, el mismo día de nuestra arribada.»

Hoy he salido á paseo con mis amigos de esta ciudad. ¡Cuantos dulces recuerdos! ¡cuantas caricias que no pensaba gozar han flovido sobre mi corazón, que se ha abierto para recogerlas todas, de la misma manera que la flor de Julio guarda en su cáliz el rocío de la mañana!—El alma se estasiaba en la mansion de la dicha, contemplando entornó suyo un coro de ángeles que suspendíanla en sus delicados brazos, y la saludaban con un himno mágico de alabanza, el cual ponía en olvido el recuerdo de todo lo pasado y disponía el goce para lo presente. ¡Ay! en cada calle, en cada árbol, en cada casa he saludado una ilusión de mi infancia ó de mis primeros días de pubertad.... una ilusión de aquellos días no alternados con el pesar, de aquellos días que nos parecen uno solo cuando los gozamos sin experiencia; pero que ya entrados en el áspero sendero de la segunda jornada de la vida, solemos fatigados volvernos á mirar á ellos, y los hallamos á la espalda, como un rayo de luz que cruzó un instante por nuestra noche de peregrinación hácia nuestro propio sepulcro.

No quisiera asligrirme con mis mismas palabras, porque me contemplo dichosa en este momento.—Acabo de obtener un triunfo.

Hugo, que se pasa las horas muertas viendo calafatear su goleta, ha venido á decirme;—«dentro de cuatro días podréme embarcarnos y seguir nuestro viaje.» Frotábase las manos con cierta satisfacción interior, y tendió una mirada al equipage cómo si se dispusiera ya á dar disposiciones para su mejor arreglo.—No dudo que me quedaria muy pálida porque me sentí frío el rostro, y Hugo se quedó medio asustado contemplándome de hito en hito. Entonces me eché á llorar; bien así como el niño cuando cae, si advierte que ha movido la compasión ajena.

Hugo me tomó una mano y me preguntó porqué lloraba. Yo le respondí.—«el mar nos va á tragar; la tempestad me ha llenado de terror, y sé que, aunque no la hubiera, me moriría de miedo pensando en ella.»—Pero muger, repuso él, ¿cuando todo está dispuesto y se me siguen tantos perjuicios de ir por tierra?—No, no, le dije apretando el llanto, vamos por donde quieras, mas que me cueste la vida, si tu ganancia lo exije.

Á esta respuesta mía, se quedó parado, reflexionó un rato, y luego no supo qué decir, sino—«Por tierra hay en España muchos ladrones.»

Yo que lo ví inclinado á transigir, cobré mas ánimo y le contesté.—«Y por el mar de todas partes, muchísimos piratas; además, Hugo, los ladrones de España, mas que en nuestros bosques, están en la cabeza espantadiza de los extranjeros.»

Con esto quedó Hugo tan atado, que accedió á que viajásemos por tierra, con tal de que nuestra partida se verificase de allí á dos días.

Yo le dí un abrazo de todo corazón, y él se fué luego á tomar disposiciones en su goleta.

Ahora bien; dos días en Málaga y pisar luego poquito á poco treinta ó cuarenta leguas de Andalucía, para quien no pensaba volverla á ver nunca, no es escasa fortuna... ,

Aquí me pasearé todavía dos veces por la alameda: donde el murmullo de las acacias mecidas por la brisa no deja percibir el ruido del mar que llega manso á acariciar sus playas. Tal vez persuada á Hugo que dentro de algun tiempo vengamos á levantar una casa frente al mas orgulloso de los edificios que fabrican para su recreo estos comerciantes, á los cuales el algodón de Gibraltar y los frutos de los colonos se les convierten en oro entre las manos... ¡Ah! Esto agrada, seduce, encanta á los comerciantes, y no me será difícil, creo yo, convencer á Hugo.

Esta noche y la de mañana iré al teatro, oiré la lengua de mi país, verá la representación de sus costumbres, y podrá señalar por su nombre á cada uno de los concurrentes.

¡Ah! dos días aun, y luego ir dejando á Málaga muy despacio, es una felicidad.

¡Siete días consecutivos volviendo siempre la vista atrás!! Cada pueblo, cada choza, cada olivo que se me perdía tras un nuevo horizonte me llevaba un suspiro!!

Allí, desde donde se ven como en un panorama los mas feraces valles del reino de Jaen, puesta sobre lo mas elevado de Sierra Morena, ántes de trasmontar el cerro, término de Castilla, lloraron mis ojos, y mi lengua habló para decir.

«Adios, Andalucía! Tus galas son lutos de despedida! Yo te he dejado mi vida, y me llevo en cambio un sentimiento... ¡Ay! acuérdate de mí... Sí, tú no me olvidarás.—Retratarás las risas de mis amores en el fondo de tus rios, tus aguas llorarán como yo lloro, y tus bosques se quejarán con mis ayes! ¡Guárdame, Andalucía, un iris de esperanza entre las tintas de tu Cielo!! El que amé tanto, levantará sus ojos á mirarle y nuestros pensamientos se encontrarán en un punto luminoso!!»

Yo estaba loca de entusiasmo; mis gritos resonaron con los últimos acentos de un nombre peligroso y me dijo.—¡Elisa, pobre Elisa! escucha como te hablan los últimos ecos, ellos conciertan y juegan con las fútimas armonías de su nombre!!!

Hugo ha querido que repose en esta venta, de la que hasta el nombre me horroriza, porque cuando parece asilo del caminante, suele ser guarida de asesinos.

«Venta de Cárdenas, yendo de tránsito para el interior de España.»

(Se concluirá.)

EL ESCUDO DE CIEN SUELDOS.

Era ya media noche, y la esposa estaba en el cuarto nupcial cuando su cónyuge, despidiendo á los amigos del baile, corrió á él precipitadamente, llamó á la puerta, y obtenida la venia de entrar, se arrojó ó las pies de Ladi Melvil diciendo: Señora, he sido tan afecto á aventuras romancescas que me parece una ilusión el poseer vuestra bella mano; dejádmela besar, porque me parece que soy el héroe de uno de aquellos cuentos maravillosos, con que me entretenían

en la infancia, y temo, que en el momento de la felicidad, mi estrella se cambie escapándoseme de entre las manos el inapreciable don que poseo.

Levantáos, le dijo ella, y vivid seguro; yo era ayer la viuda del lord Melvil, hoy la esposa de Federico de la Tour vuestra muger; alejad de vuestra imaginacion las consejas de la infancia: hoy el cuento es una historia.

Federico tenia motivos de creer que algun genio superior se mezclaba en sus negocios.

Huérfano de 25 años vivia de un salario, nada sobrado, en cierta dependencia del ministerio, y pasando cierto dia por la calle de Saint Honoré, se detuvo á su vista una elegante carretela, y una Señora jóven, ricamente ataviada, le hizo señal de que se acercase. Al mismo tiempo bajó el cazador, abrió la portezuela, y le dió el brazo para que subiera. Apénas se sentó al lado de la Señora, el tiro echo á correr, y la persona que le robaba, con voz dulce y melodiosa empezó á decir que habia recibido su carta.

Mia, Señora, respondió Federico.

Si señor, vuestra, y como si volviese de un error, esclamó luego; ¡ah! perdon, señor, perdon, os parecis tanto á un caballero de mi tertulia, que os he equivocado por él. La semejanza es tanta que cualquiera se hubiera equivocado como yo. Dabáanse mutuamente satisfacciones cuando la carretela se paró á la puerta de un sobervio edificio. Federico dió la mano á Ladi Melvil que era una Señora dotada de todas las gracias de la hermosura, y enamorado de ella, se dió á sí mismo el parabien de equivocacion tan feliz, aceptó la invitacion de la casa, y fué á los pocos dias el comensal mas asiduo de ella. La rica viuda estaba cercada de adoradores; separólos uno á uno, y á los ocho dias ha-

bia ya quedado Federico único tertulio favorecido de la viuda, y ella misma entabló los preliminares del matrimonio que acababa de verificarse.

Por el contrato matrimonial, presentado á su aceptación y firma por el escribano, se le asignaba un pingüe patrimonio, dotándole su esposa, y reconociéndole el capital de un millon de francos, consistente en una rica heredad en Borgoña, un bosque en Normandía, una casa en Paris, y otros bienes muebles é inmuebles. Aportaba además la viuda considerables haciendas en Francia é Inglaterra.

Todo esto era para Federico un sueño de oro; el cura y el *mayre* acababan de sancionar la union, y no pudiendo disipar sus dudas, estaba Federico á los pies de su esposa, asido fuertemente á la muselina bordada de su vestido de noche, temiendo que el sueño se desvaneciese.

Levantaos Federico, dijo ella, arriamad esa silla á la mia; y habiéndolo hecho así, continuó.

Escuchad, amigo; en otro tiempo una hija de padres ricos quedó reducida como ellos á la miseria. Nada es tan difícil como el reconquistar una fortuna perdida, el volver á ocupar en la sociedad el rango de que se ha salido. El padre de esta jóven llegó á conocerlo por la esperiencia; luchó cuatro años contra la miseria, sin poder vencerla, y murió al fin en un hospital. La madre siguió pronto á su marido, y la jóven quedó sola en una boardilla, cuyo alquiler no podia pagar. A falta de parientes, amigos y protectores, y con empeños en Leon, que no se podian pagar, la jóven pedia á desconocidos la ocupacion ó trabajo que es la riqueza del pobre. El vicio le alargaba sus brazos; pero hay personas cuyos instintos son bastante honestos para pasar al lado del vicio

sin verle, ó sin dejarse mancillar de sus inspiraciones.

Entretanto era necesario vivir; la hambre de la mañana redoblaba por la tarde y al insomnio de la noche se añadía el dolor del dia siguiente, con la angustia de no comer. La necesidad condujo á esta jóven á mendigar; cubrióse la cabeza con el velo de su madre, única herencia que de ella recibió, arquéo su cuerpo para aparentar ancianidad, bajó á la calle, y alargaba la mano á los transeuntes. ¡Ay! esta mano era blanca, tersa, sonrosada, y habia peligro en manifestarla, cubrióla con el velo como si estuviese manchada de lepra. Una noche se habia situado la pobre jóven en una esquina, distante del reverbero, y pedia un sueldo para pan. Avanzando la noche las patrullas, guardas y alguaciles iban á apoderarse de las calles de Paris. Despues de haberse dirigido en vano á la vejez ayara y á gentes aturridas, que desoían las súplicas de la mendicidad, imploró á un jóven que metiéndose la mano en el bolsillo, arrojó una moneda. ¡Tanto era el miedo de acercarse á la miseria! Un empleado de policia que celaba sin duda á la mendiga, la echó mano, y la dijo, venid, hermosa al asilo de los holgazanes. Entónces el jóven, con viveza cogió del brazo á la que un momento ántes no habia querido tocar con la punta de su guante, y dirigiéndose al celador de policia, le dijo; no es mendiga esta muger, es una conocida mia, muger de respeto, y hablando al oido de la que juzgaba anciana, tomad, dijo, esta pieza de cien sueldos, y dejadme conduciros hasta la calle inmediata. Así os librareis de las garras de este cerbero que os persigue. El escudo pasó de vuestra mano á la mia, continuó la recien casada, y como pasásemos en frente del reverbero, vi vuestro semblante y....

¡Mi semblante! exclamó Federico admirado.

Si, amigo, era yo á quien salvábais la vida, y quizá el honor; habiais dado un escudo á Ladi Melvil, vuestra actual esposa.

¡Vos! tan jóven, tan bella, tan rica, ¿habeis pedido limosna?

Si, amigo, he recibido una sola y fué la vuestra. Al dia siguiente, una anciana á quien habia inspirado compasion, me acomodó de costurera en una casa. Volvió á mi rostro la alegría, y logré la amistad de la Señora á quien servia. Cierta dia entró lord Melvil en el cuarto en que yo trabajaba, se sentó á mi lado, y me dijo: señorita, se vuestra historia, ¿quereis casaros conmigo?

¡Con vos! exclamé admirada.

Si, tengo inmensos bienes que no quiero dejar á mis sobrinos. Me ha atacado la gota, que tampoco queria que me curasen los criados. Segun cuentan, vos sois de un carácter tan recto como elevado. En vuestra mano está el ser Ladi Melvil acreditando que sabeis disfrutar la fortuna, como habeis sabido soportar la desgracia.

Yo os amaba, Federico, aunque no os habia visto sino por un instante. Al mirar á lord Melvil, y la melancólica figura sobre la cual habian pasado sesenta años, conocí que su estraña determinacion era dictada por la venganza, y no queria ser el instrumento de ella. Mi vacilacion le hizo redoblar las instancias; mis conocimientos me animaban á que me aprovechase de la invitacion de un ingles rico; y las duras lecciones de mi triste historia me determinaron á ello.

Lord Melvil fué feliz en mi compañía: calculó justamente que el reconocimiento le atraeria el afecto de una madre á quien habia hecho feliz, y jamas se arrepintió de haberse casado con una francesa. He tenido yo confianza en que el lord cuidaria de mi porvenir, y he amenizado sus últimos dias. Murio dejando-

me todos sus bienes, é hice voto de no volverme á casar, á no ser con el hombre que me socorrió en el momento mas penoso de mi vida. Al decir esto la recién casada se quitó el collar de rubies, y sacó de cierto resorte el escudo de cien sueldos engastado en oro.

Es el mismo, dijo, poniéndole en manos de Federico. Ay! ¡cuan feliz me consideré cuando os encontré hace un mes! ¡Con qué ardor hice detener los caballos, dando al mismo tiempo orden al cazador para que os liciera subir á la carretela!

Federico absorto y admirado miraba de hito en hito al escudo, causa de su fortuna y de su dicha.

Ya lo veis, concluyó madama de la Tour, no soy yo una hechicera, fuisteis vos quien me disteis el talisman.

M.^a A.

BOLLETTIN.

LOS LADRONES DE PARIS.—Un periódico de Bayona publica una carta de Paris, en la cual se hace un cálculo muy curioso sobre los rateros y ladrones de aquella populosa capital. Dicese en ella que, segun datos exactísimos, todos los dias se levantan en Paris 25,000 individuos á lo ménos, con el cuidado de saber como harán para comer aquel dia. De este total de indigentes hay 5000 mas diestros que los demas, los cuales se puede calcular, por término medio, que recogen 10 francos diarios, ya sea por medio de la estafa ó del robo, lo cual forma una suma de 50,000 francos al dia, ó sean 20 millones de francos al año. Añadido á esta suma lo que roban los

rateros de segundo orden, se calcula que el total de lo robado por los ladrones y rateros en Paris asciende á 40 millones de francos al año.

Un ingles muy rico llamado Sir J. Pahington que ha muerto últimamente en Worcester, ha hecho un testamento muy original. Pues que no deja gozar de sus bienes á ningun individuo de la generacion actual. No teniendo mas que un sobrino que tiene un niño de cuatro años, ha instituido por heredero universal de sus inensos bienes al primer hijo que este niño pueda tener con el tiempo, con la condicion de que los intereses y rentas del patrimonio se vayan capitalizando por espacio de cuarenta años.

NOTICIAS ESTADISTICAS DE RUSIA.

—Los soldados rusos que se dedican á la agricultura estaban repartidos en 1838 del modo siguiente.

En la provincia de Cherson, 121,935 hombres; en la de Charkoff 94,088; en la Kiew y de Podolia 55,036; en la de Nowogorou 60,102 en el ejército de Pschernomar 56,500; en el de Assow 2,972; en la provincia de Mohilew 4,619 en la de Witeprk 6,010, en la fabrica de pólvora de Ochta 1,824. Total de soldados agricultores 403.107. No se comprenden en este número los cosacos de las ciudades y de las fronteras que ascienden á 35,600 individuos de ambos sexos, ni tampoco los cosacos de la linea de Siberia que suben á 91,000 personas de ambos sexos.

Toda la masa de tropas rusas, tanto disciplinadas como irregulares se calcula en 1.333.000 hombres. La poblacion total de Rusia ascendia en 1838 á 61 millones de almas; de las cuales, 52

millones pertenecen á la Rusia Europea y asiática, 4,350.000 al reino de Polonia, 2 millones á las provincias del Caucaso y 1,500.000 á las colonias de la América del Norte. En dicho año se contaban en Rusia 538.000 individuos pertenecientes al clero; á saber; clero greco-ruso 251.057 hombres, y 249.748 mugeres; griegos unidos 7.825 hombres, y 7.318 mugeres; catolicos 2.497 hombres; armenios, 474 hombres, y 343 mugeres; literanos 1.003 hombres, y 955 mugeres; reformados 51 hombre, y 37 mugeres; mahometanos 7.850 hombres, y 6.071 mugeres; sectarios de Lama 150 hombres.

La poblacion de San Petersburgo ascendia en 1838, á 469.720 habitantes, la de Moscou á 348.562. En el mismo año poseia la Rusia 1.870 establecimientos consagrados á la enseñanza, á saber: 6 universidades, 3 liceos, 4 colegios para la nobleza; 70 gimnasios, 21 escuelas parroquiales y 2 escuelas particulares.

Anuncios.

LA HOMEOPATIA,

PUESTA AL ALCANCE DE TODO EL MUNDO,

por Luis Fleury,

Antiguo cirujano del hospital de San Lázaro, &c.

Opúsculo en cuarto que se vende al precio de ocho reales vellon en las librerías de Hortal y Compañía, Féros, Bosch y en todos los puntos en que se suscribe á la REVISTA MEDICA.

COLECCION DE NOVELAS

SELECTAS.

De Walter Scott, de Lessage, de Bernardino de Saint Pierre, de Chateaubriand &c. á precios muy económicos.

Se halla de venta esta obra y otras muchas de diversos géneros en los mismos puntos donde se admiten suscripciones á la REVISTA GADITANA.

AL PUEBLO.

Desde principios del próximo mes, la REVISTA GADITANA se seguirá publicando con el nombre de REVISTA ANDALUZA, y con grandes mejoras así en la parte material y tipográfica como en la redacción.

La empresa se lisonjea de haber correspondido con sus esfuerzos á la excelente acogida que encontró este periódico; ningun otro de su especie reunió nunca en esta provincia un número tan crecido de suscritores.

Estamos autorizados para asegurar, que la empresa cuenta, no solo con la cooperación de los mas acreditados literatos de Andalucía, sino tambien con la de muchos de los mas principales escritores de la corte.

La REVISTA ANDALUZA insertará, pues, no solo las producciones de

los actuales colaboradores de la REVISTA GADITANA, sino tambien otras muchas de los Sres. Morales, Santistevan, Pacheco, Castro, Martinez Cintora, Revilla, García Tasara, Rios Rosas, y otros literatos de nombradía.

En vez de ocho pliegos de papel comun, los suscritores recibirán mensualmente diez pliegos de papel marquilla, igual al de la brillante edicion del *Quijote*, que se está publicando en Cataluña.

No es nuestro ánimo explicar los obstáculos que ha encontrado hasta el dia la empresa de la REVISTA, y los medios con qué actualmente cuenta para llenar con creces sus promesas. Todo esto será objeto de un nuevo prospecto que se está imprimiendo, y se reparará muy en breve.

Por hoy nos limitaremos á decir, que los principales objetos de la REVISTA ANDALUZA son:

PRIMERO: demostrar la identidad de intereses comerciales y agricolas de estas provincias meridionales, y la necesidad que todas ellas experimentan de que se vean libres todos los ramos del tráfico y de la industria, de las trabas que hoy las oprimen y embarazan.

SEGUNDO: dar la mayor unidad que sea posible á los trabajos literarios de estas mismas provincias.